

ción y proscripción de los errores, o el influjo de significadas familias eclesiales sobre el funcionamiento de la Curia Romana y en consecuencia sobre decisiones doctrinales y judiciales emanadas de ella. Temas ardientes —es bien sabido— que reclaman el estudio sereno.

La condenación de obras y de autores —y de esto hay experiencia contemporánea— constituye siempre un sembradero de dificultades y contestaciones. La determinación del «sentido íntimo intentado por el autor» parece chocar con el principio «de internis neque Ecclesia judicat» y, efectivamente, con harta frecuencia los beligerantes de uno y otro bando en las más célebres controversias han sobrepasado los límites del «moderamen inculpatæ tutelæ», que debe presidir cualquier interpretación de los dictámenes de la Sede Romana. La moderna hermenéutica y la paciente labor crítica de los investigadores genera una esperanza bien fundada de que se lleve a cabo un conocimiento cada vez más exacto de los elementos que contribuyeron a históricos errores y que levantan hasta hoy un acervo notable.

Bruno Neveu es investigador sereno. Tal vez aquí y allá se percibe la ósmosis de algún tópico conversacional, pero el defecto es leve. La deficiencia más notable consiste en la organización del libro. La ausencia total de epígrafes, la longitud exagerada de los párrafos, la abundancia de alusiones repetitivas contagia la totalidad de la obra de un cierto hermetismo que dificulta seguir el discurso del autor. Hubiera sido necesario un índice onomástico y bibliográfico: la privación de esta ayuda en un volumen de más de setecientas páginas significará para bastantes estudiosos una adversidad prohibitiva. Y no obstante, es una obra que merece a justo título una atención y una lectura pausadas.

E. de la Lama

Eric OSBORN, *The Emergence of Christian Theology*, Cambridge University Press, Cambridge 1993, xvii + 334 pp.

La segunda mitad del siglo II p. C. es uno de esos periodos especiales de movimiento en la historia de las ideas, por cuanto el pensamiento cristiano mostró un fuerte y fresco vigor. Concentrándose en cinco escritores eclesiásticos del siglo II —Justino, Atenágoras, Ireneo, Clemente alejandrino y Tertuliano—, el veterano profesor Osborn, de la Universidad de Melbourne, muestra cómo los apologistas, usando la Biblia y la filosofía grecorromana, hicieron del monoteísmo trinitario una certera respuesta al hostil entorno que los rodeaba. Los enemigos intelectuales a quienes se enfrentaban no eran sólo filósofos del platonismo medio o judíos, sino también herejes: gnósticos y marcionitas.

Según Osborn, la teología cristiana se originó en un ambiente polémico que no le impidió lograr pronto una acertada sistematicidad tanto en sus planteamientos como en sus respuestas. Los principales problemas teológicos de los apologistas, siguiendo la falsilla intelectual que la filosofía del platonismo medio les proporcionaba, pueden resumirse en tres: 1) el primer principio o causa es un solo Dios; 2) este Dios es Padre, Hijo y Espíritu; 3) este Dios es el primer principio de la (meta)física, de la ética y de la lógica, es decir, del ser, del bien y de la verdad. El presente libro demuestra que el primer problema (un solo Dios) y el tercero (Dios como primer principio de la metafísica, ética y lógica) encuentran su clarificación en la solución al segundo problema (Dios en Cristo): en Justino sobresale la doctrina del *logos spermatikos* en sus controversias con los paganos; Ireneo concentra su argumentación antignóstica en la doctrina de la *anakephalosis* o recapitulación de todas las cosas en Cristo; para Clemente, el Dios desconocido se revela en Cristo, haciéndose así más asequible a la

comprensión humana; Tertuliano aboga ante todo por el total deshonor de Dios en la pasión de Cristo, que es el misterio de la salvación humana.

De este modo los apologistas asumen, modificándolos profundamente, muchos elementos de las corrientes filosóficas del helenismo, por cuanto se sirven de ellos para responder a las grandes cuestiones filosóficas y teológicas, a la vez que adoptan para ello una perspectiva cristológica. Y así se distancian también de la solución dualista del marcionismo y del método teológico de los gnósticos que, a diferencia de los cristianos, abandonan el proceso racional o diálogo fe-razón ya desde el comienzo mismo de su aproximación a los misterios revelados.

Osborn admira la labor intelectual de los primeros apologistas. Ellos consiguieron presentar al Dios uno y trino como la clave racional de la metafísica, ética y lógica, sentando así las bases de la tradición cultural europea. La admiración de Osborn por el siglo II cristiano le lleva, a la vez, a minusvalorar algo la aportación de la teología del siglo IV (pág. 287-289); esta visión parcialmente negativa del periodo postneceno podría haberse paliado si se hubieran tenido en cuenta estudios como los de B. Studer, *La riflessione teologica nella Chiesa imperiale*, Roma 1989.

El trabajo de Osborn, que consta de ocho capítulos y de tres apéndices, se basa en un minucioso análisis de los textos patrísticos a la luz de las filosofías dominantes en el siglo II. El autor demuestra poseer un exhaustivo conocimiento del ambiente intelectual de aquella época, de modo que enmarca el origen y la originalidad de la teología cristiana en su exacto contexto cultural.

A. Viciano

Joaquín PÉREZ VILLANUEVA y Bartolomé ESCANDELL BONET (dirs.), *Historia de la In-*

quisición en España y América, II: *Las estructuras del Santo Oficio*, La Editorial Católica (BAC) en colaboración con el Centro de Estudios Inquisitoriales, Madrid 1993, XXV + 1181 pp.

Aparece al fin el esperado volumen de esta magnífica Historia de la Inquisición dedicado a las estructuras del Santo Tribunal. Los directores de la obra toman en préstamo del estructuralismo lingüístico de Ferdinand de Saussure, el concepto de «estructura» —comprobada su eficacia en otras áreas científicas— en el sentido de «una forma de concebir la realidad, un método de análisis de la realidad y un mecanismo explicativo de sus contingencias». «Por lo que hace a la ciencia histórica —dicen—, y puesto que el concepto de 'estructura' se convirtió en categoría historiográfica en el momento en que el interés científico se desplazaba desde los individuos resonantes a las masas anónimas, de lo excepcional a lo regular, desde el fugaz acontecimiento a los hechos de 'larga duración', el término ha pasado a designar entre nosotros no sólo la forma, distribución y orden de las partes de un conjunto, sino también lo estable de la realidad pretérita, lo permanente casi inmóvil tras el transcurso del tiempo, aquello que, pese a las variaciones formales, compone la esencia durable, pluri o multiseccular de un sistema en cuestión» (p. XX).

El volumen se integra en cuatro partes de muy desigual extensión. La que abre el volumen (pp. 1-60) se dedica a las estructuras geográficas del Santo Oficio, tanto en España como en América, y se desarrolla en sendos trabajos: el primero es firmado conjuntamente por J. Contreras —actualmente catedrático de Historia Moderna en Alcalá de Henares— y por J. P. Dedieu —investigador numerario del Centre National de la Recherche Scientifique en su sede de la Maison des Pays Iberiques (Bordeaux)—. El trabajo, que